

CASA DE ACOGIDA DE **CÁRITAS LEÓN:** **UN HOGAR PARA LAS** **MUJERES MÁS VULNERABLES**

Entramos en la casa de acogida para mujeres de Cáritas León gracias a los testimonios de tres mujeres que comparten espacio y trabajo: Elizángela Dyonnnne, residente de la casa, Conchita Ámez, voluntaria desde hace seis años, y Camino González, técnica de Cáritas. Ellas nos hacen un recorrido por el centro, nos muestran cómo es el día a día de las personas que allí viven y nos hablan de sus experiencias, de sus sueños, de sus esperanzas...

TEXTO: Gema Martín, *Cáritas Española*.

FOTOS: *Cáritas Diocesana de León*.

«Nuestra casa de acogida para mujeres es un HOGAR. Y lo escribimos así, en mayúsculas, porque intentamos que sea un hogar con todo lo que eso implica; porque tratamos de poner a disposición de estas personas un lugar que no solo cubra sus necesidades de alojamiento y las de sus hijos, sino que se convierta en su propia casa, en un espacio de protección, de crecimiento personal, de promoción de su autoestima y autonomía...».

Con estas palabras define Camino González, técnico de Cáritas León, la casa de acogida e

inserción sociolaboral que esta Diocesana lleva poniendo a disposición de las mujeres, solas o con cargas familiares desde 2005.

En este reportaje, tres mujeres que comparten espacio y trabajo –Elizángela Dyonne, residente de la casa, Conchita Ámez, voluntaria desde hace seis años, y la propia Camino– nos hacen un recorrido por este centro, nos muestran cómo es el día a día de las personas que allí viven y nos hablan de sus experiencias, de sus sueños, de sus esperanzas...

Un poco de historia

Haciendo un poco de historia, el proyecto comenzó en junio de 2005, cuando Cáritas León vio la necesidad de ofrecer un recurso de acogida que no estuviera directamente ligado con alojamientos para personas sin hogar (albergues) o para mujeres víctimas de violencia (ya que de este tipo había en León varias casas y asociaciones).

«Creíamos que era importante un servicio lo más normalizado posible para mujeres que habiendo tenido, incluso, un itinerario



laboral, formativo, familiar..., se hubieran visto empujadas al 'precipicio de la necesidad' o en situación de riesgo», cuenta Camino. En aquel tiempo, se alquiló una vivienda de dos plantas y cuatro habitaciones para seis plazas. Además, había otra habitación para una persona voluntaria que hacía tareas de acompañamiento y pernocta.

Hoy en día, el número de plazas es de nueve durante todo el año, y el tiempo de estancia programado es de 120 días. No obstante, debido «a la tesitura de estos tiempos», se tiende a alargar los plazos. De hecho, lo normal es que las mujeres pasen periodos de un año o más en la casa; eso sí, «siempre tras un estudio y valoración de cada caso y teniendo en cuenta que lo que prima es la decisión de la persona, que puede irse en el momento que considere oportuno», apunta Camino.

Pero a pesar de estos cambios necesarios, el proyecto se ha mantenido con la misma visión y finalidad, adaptándose, eso sí, a las nuevas necesidades y a los nuevos perfiles de las personas acogidas, y aprendiendo de las experiencias y de la huella que cada una de ellas ha dejado en la casa.

Al servicio de cada mujer

Igualmente, Cáritas León ha ido mutando y creciendo para que



este servicio sea el más adecuado posible a cada persona. De aquí que su metodología de trabajo es el acompañamiento continuo e individualizado, desde el momento en que una mujer accede por primera vez a los servicios de Cáritas y se valora su entrada al proyecto, pasando la convivencia en la casa, hasta que su autonomía le permita dejar el centro para continuar su proyecto personal con sus propios medios. «En todo ese proceso, Cáritas está ahí, desde el respeto y la escucha, para lo que necesiten», añade Camino.

Como nos contaba antes esta trabajadora de la casa de acogi-

da, el perfil vital de la mayoría de las residentes viene marcado por un proyecto de futuro que se ha visto paralizado o truncado por circunstancias familiares, sociales, económicas o labores, y se han encontrado en situaciones de desprotección, violencia física o psíquica, riesgo de explotación, falta de redes de apoyo..., y llegan a Cáritas «como último asidero al que agarrarse».

Ese es el caso de Elizángela Dyonne, una mujer angoleña de 36 años, que llegó a España en 2006 procedente de Lisboa, y que tenía marido, hijos, trabajo y una estabilidad económica y familiar. Una vida como la

de tantas, muy vulnerable a un mercado de trabajo precario y a un sistema socioeconómico que valora el dinero por encima de la persona y que propicia la cultura del descarte.

En 2011, en plena recesión económica y cuando comenzaban los recortes sociales, su esposo la abandonó. Sin ayudas de ningún tipo, Elizángela se convirtió en padre y madre de sus dos hijos; unos niños, por cierto, que han nacido en España, nunca han salido del país, pero no tienen la nacionalidad y se hallan en una especie de limbo burocrático.

El trabajo que tenía entonces, limpiando casas y cuidando ancianos, no era suficiente para atender las necesidades de sus hijos. «En medio de tanta lucha, conocí a Cáritas León por medio de una amiga y asistente social. Fui allí, les conté mis problemas y mi angustia por mis hijos, y fui muy bien recibida», cuenta Elizángela.

Un hogar con «gente cálida»

Ella y sus hijos se encuentran ahora en la casa de acogida de Cáritas León, «un hogar cálido con gente atenta y cariñosa». Elizángela destaca especialmente la labor de los voluntarios: «Son estupendos, nos aconsejan, compartimos mo-

mentos de risa y nos vemos a todos como una familia».

En efecto, Camino González recuerda que la casa está sustentada por un excelente grupo de «agentes humanos»: «Un coordinador de la casa (que puede ser voluntario o contratado), un técnico de Cáritas, y un estupendo y maravilloso equipo de voluntarios con una serie de tareas repartidas y un trabajo compartido para el buen funcionamiento de ese hogar, siempre desde la cercanía y empatía hacia las mujeres y niños acogidos», añade Camino.

Los voluntarios ayudan en las compras semanales, en la organización de las tareas del hogar, en las salidas de ocio, en pernoctas, en el acompañamiento a servicios de salud... «Un trabajo en equipo donde la formación y los encuentros regulares dinamizan el espíritu propio del modelo de Acción Social de Cáritas», recuerda Camino González.

Conchita Ámez es una de las ocho voluntarias que actualmente tiene la casa de acogida. Está presente allí desde hace seis años, cuando se jubiló después de décadas trabajando como enfermera. «Yo quería seguir haciendo algo con las personas más vulnerables de nuestra sociedad. Y estoy muy satisfecha de ser este granito de

arena en la casa de acogida y en Cáritas», afirma.

Su labor, desde un principio, era pasar por la casa todos los días a cualquier hora, hablar con las residentes de sus logros y dificultades y actuar de intermediario entre los usuarios de la casa, el resto de voluntarias y el técnico de Cáritas. Ahora tiene más responsabilidad, sin que haya mermado su trabajo en otros menesteres o su entrega a las personas acogidas.

«Somos un grupo muy plural de voluntarias (todas son mujeres, la mayoría jubiladas y de estado civil y profesiones diversas), empeñadas en esta tarea de compartir la vida con las personas vulnerables y hacerlas un poco más felices», añade Conchita.

Y eso lo hacen a través de la escucha, compartiendo sus problemas, sus dificultades y también sus alegrías... «Todas las residentes tienen la necesidad de hablar y de que alguien les escuche», reitera esta voluntaria. «Y es que aunque su perfil es muy diverso debido a sus culturas, religión y su situación personal, familiar o económica, todas ellas son personas sufridas con muchas cicatrices de la vida que aquí intentamos aliviar», concluye.

Estas personas y sus hijos son, como dice Camino González,



los pilares de la casa de acogida y de todo el proyecto. Ellas son el rostro del trabajo y el esfuerzo de las más de 200 mujeres y niños que han pasado por el centro.

Protagonistas de su itinerario

Porque no cabe duda de que estas mujeres son las protagonistas de su propio desarrollo y de los itinerarios sociolaborales que cada una de ellas va realizando, aunque, por supuesto, cuentan con el apoyo de los técnicos y voluntarios de los diversos programas de Cáritas:

atención psicosocial, formación, empleo...

Además de acoger y atender las necesidades de las mujeres solas y de sus hijos, otro objetivo del proyecto es permitir que dispongan de espacio y tiempo para que puedan reflexionar y asesorarse sobre su situación personal y para la futura orientación de su vida, así como recuperar su autoestima y reconstruir su proyecto vital y familiar junto con sus hijos.

«Hemos de decir que acceder a un recurso de este tipo siempre genera en ellas y en los niños un desasosiego, una intranqui-

lidad por no saber 'dónde se meten'. Tenemos muy presentes estos sentimientos y trabajamos mucho para mejorar la convivencia e integración», apunta Camino.

También a lo largo de la estancia hay momentos de abatimiento porque no sale un trabajo, o porque la situación familiar no se arregla; pero también hay muchos momentos de complicidad entre las residentes con las voluntarias, momentos de esperanza y de agradecimiento... «Los que más nos gustan son esas ocasiones de euforia y alegría porque las cosas salen bien, porque se encuentra un trabajo, porque se instalan en su propio hogar, porque se retorna al país de donde una llegó por decisión propia...», concluye Camino.

Elizángela, por ejemplo, tiene la certeza de que «saldrá de esta situación, que encontrará un buen trabajo y que podrá mantener a sus hijos». Pero sigue preocupada, y mucho, por el limbo burocráticos en el que están sus pequeños de cinco y ocho años. «De padres angoleños y nacidos en España, ¿qué son mis hijos para este país?», se pregunta.

Gracias a Elizángela, Conchita y Camino, por compartir con nosotros su vida y su visión de la casa de acogida de Cáritas León. 